



EL CARNAVAL DE VENECIA

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*La Otra*, por E. de Palacio.—*Los amos de Juana*, por R. de Campoamor.—Nuestros grabados.—*Los mosquitos líricos*, (continuación) por A. Palacio Valdés.—*Sobre la teoría moderna del calor*, (continuación) por J. Echegaray.—*Rocio*, por E. de Lustonó.—*Los héroes del vulgacho*, (continuación) por M. Morayta.

GRABADOS.—*El Carnaval de Venecia*.—*Después del baile*.—*En el estudio del pintor*.—*Se ha equivocado V.*—*Rubens pintando á Maria de Médicis, disfrazada de diosa de la Guerra*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

LA guadaña pálida de que hablé á ustedes la semana anterior, ha seguido haciendo de las suyas, sin dejar sus aficiones aristocráticas.

Bajo sus golpes han sucumbido, en Paris, Gustavo Doré, el más ilustre de los dibujantes; en Madrid, D. Eugenio García Ruiz, un ex-ministro, y el capitán Mayet.

¡El capitán Mayet! Un aeronauta.

Me parece que la muerte no puede ya picar más alto.

* * *

En Paris han fallecido también tres ministros; es decir, han muerto... oficialmente. La crisis que anuncié á ustedes hace ocho días se ha realizado, y los franceses, por no ser menos que nosotros, han seguido un procedimiento análogo al empleado en España últimamente: el de echar un remiendo al gabinete *para seguir tirando*.

No sé de cierto, aunque lo presumo, quién ó qué será lo que, á fuerza de tirar, irá por el suelo.

* * *

Antes de abandonar la capital del mundo civilizado daré á ustedes una buena noticia, porque siempre lo son aquellas que demuestran que se va haciendo justicia en el extranjero al mérito de algunos de nuestros compatriotas.

La Sociedad francesa de fotografía ha nombrado miembro suyo á D. Miguel Aragones.

Como este señor tiene su establecimiento encima del café de las Delicias, sobre el cual, á su vez, está el Ateneo Barcelonés, al que concurre con frecuencia, he tenido ocasión de convencerme de que la distinción que la sociedad indicada le ha concedido, es merecidísima.

* * *

Cuando este número llegue á manos de nuestros lectores, el Carnaval, si no se nos ha entrado ya por las puertas, estará llamando á ellas; nos hallamos, pues, en plena época de locura, de caretas, de disfraces, de voces atipladas, más ó menos auténticas, y de bromazos pesados ó ligeros, graciosos ó insípidos.

En los tres días que comienzan mañana, la sociedad se viste de máscara para hacernos creer que no lo está durante el resto del año.

El Carnaval no representa, pues, más que un acto de hipocresía, y como ésta va viniendo á menos, como de día en día se hace más ostentación de los vicios que se tienen, y aún de los que no se tienen, el Carnaval va decayendo y acabará por desaparecer.

* * *

Por si les entristece á ustedes la profecía, procuraré alegrarles refiriéndoles el siguiente diálogo, cogido al vuelo en un baile de máscaras:

Uno á una.—¿Qué has hecho de tu marido?

—Le he dejado en casa.

—¿En casa, queriéndole tanto!

—Te diré: en los primeros meses de mi matrimonio estuve tentada de comérmele á besos.

—¿Y ahora?

—Ahora... ¡siento no habermele comido!

EDUARDO BLASCO.

LA OTRA

—Esta es una muchacha sencilla, bien educada, según el testimonio de su madre, excelente señora, si no la perjudicase el carácter, porque es una fiera, en opinión de mi suegro; y cuando él lo dice, sabido se lo tendrá. Mi mujer es el vivo retrato de su mamá; buena, pero temible por su carácter irritable.

Así pensaba el marido de Cristina, pocos meses después de su matrimonio.

Y Cristina era un ángel, pero Serafín ponía de su parte, involuntariamente, cuanto podía para convertir en pantea á la mansa oveja.

Si le hubieran ustedes oído lamentarse por la irascibilidad de su esposa, le habrían compadecido.

—¡Siempre me echa en cara su honradez!—decía.—Estas mujeres honradas son insoportables... Rectifico: estas mujeres que hacen alarde de su honradez me molestan. ¡Honrada! ya sé yo que lo es: ¡pues no faltaba más sino que no lo fuera!

Y luego, para sí, con vehemencia mal contenida, continuaba:

—¡La otra! ¡la otra! ¡Qué diferencia entre las dos! ¡Esta siempre pidiéndome cuenta de mis actos, espionando mis pasos, queriendo leer en mi corazón los secretos mejor guardados. ¡La otra, alegre siempre, juguetona, sin ocuparse de mis acciones, sin preguntarme de donde vengo ni á donde voy, y dispuesta á recibirme en sus brazos y... ¡Qué diferencia!

Estas reflexiones son las que os habeis hecho ó las que os haceis hoy mismo, esposos infieles indignos de la fidelidad de vuestras compañeras en el hogar.

Entre *ésta* y la *otra*, hay diferencia, decís bien; entre la legítima y la heroína de vuestras aventuras no hay siquiera semejanza.

Que os lo confiese Serafín, él os lo dirá.

—Sí, yo he sido culpable; pero tan arrepentido me encuentro que para mí no hay mujer como mi Cristina, mi mujercita; el ángel de mi hogar.

Yo amaba á Luisa, cuanto puede amar un hombre á una mujer. Si hubiera aceptado sus proposiciones, mi pobre Cristina hubiese perdido de vista á su marido.

Recuerdo con espanto aquel día terrible... Mis apreciables suegros comían con nosotros; era un día clásico: mi mujer cumplía veintitres años.

Estábamos ya en los postres, cuando entró en el comedor el criado y me entregó una tarjeta... ¡era de Luisa!

«Te aguardo—me decía—con *anciedad*.» (Como buena andaluza colocaba las *ces* y las *zetas* á modo de adornos en las palabras, según su capricho.)

La carta terminaba con este cariñoso mote: *Tu nena*.

¡Mi nena! ¿Ustedes saben cuánto vale este *mi*... particularmente cuando se refiere á fruta prohibida?...

Es una nota musical, que no hay Gayarre que la produzca con tanto éxito.

La comida fué para mí un suplicio.

—¿No comes?—me preguntaba mi esposa.

—Sí,—respondía yo,—cómo, ya lo creo, y con más apetito que otras veces.

(Esto lo decía dejando íntegro mi plato de roosbeeff con patatas.)

—¿No bebes?—me preguntaba mi suegro.

—Sí, señor, si estoy ya casi alegre.

—Algo extraño te anuncian en esa carta,—se aventuró á indicar mi mamá política.

Las suegras son siempre más valientes.

—No lo crea usted, mamá,—repliqué volcando el salero, al acompañar la palabra con la acción.

—¡Ay!—gritaron á un tiempo mi mamá política y mi mujer,—alguna desgracia nos amenaza.

Yo, aturdido, quise recoger la sal y volqué una botella de vino.

—¡Alegría! ¡alegría!—repitió mi suegro.

—¡Caramba! ¡Cómo estás!

—Esa carta te ha trastornado.

—¿Qué te pasa?

—¿Ha caído el ministerio y te indican para algun puesto importante?

EDUARDO DE PALACIO.

(Se continuará).



POEMA EN DOS CANTOS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR

À mi ilustrado amigo el Sr. Conde de Santiago.

CANTO PRIMERO

DE REY Á CORONEL



I
ON un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que

[Susana,
era un Don Juan Tenorio,
en la region de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por
dentro viva,
suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y, aunque grandes y abiertos
con exceso,
son bellos como el sol, á pesar
de eso,
sus ojos con caídas hacia arriba

II

Vivia con honor de su trabajo,
y, obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,
estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
donde exceptuando el són de aquel acento
que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruido
que el clava que te clava de la aguja.



Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?

III

En esa edad tan bella
en que el amor se cae de maduro,
se empezó á ver en ella
la grave enfermedad del amor puro,
enfermedad tan grave aunque tan pura
que un día de parada
se quedó (perdonadle su locura)
del Rey enamorada.
Cuando es bien parecido
un Rey, es una imágen de marido
que las niñas fantásticas adoran.
¡La mujer y la alondra se enamoran
de todo lo que brilla y hace ruido!

IV

Fué el caso que, al hacerle algun saludo,
detras de sus cabellos escondida,
vió que el Rey su mirada distraída
echó hacia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
Pero Juana infirió, según infero,
que el Rey le dijo con los ojos «te amo,»
y ella, pensando en responder «te quiero,»
ocultó su rubor oliendo un ramo.
Y luégo echa á correr avergonzada,
y cuando va pensando
si el Rey irá besando
las huellas de sus piés con su mirada,
así como al descuido con cuidado
Juana mira de lado
con tanta gentileza,
que no puso en su huída
más gracia natural ni más belleza
Galatea, volviendo la cabeza
por ver si era en su fuga perseguida.

(Se continuará).



DESPUES DEL BAILE



EN EL ESTUDIO DEL PINTOR

NUESTROS GRABADOS

EL CARNAVAL DE VENECIA.

Los últimos siglos de la ciudad de los Dux son de decadencia; la heroica república se convierte en la ciudad del placer y de la indiferencia. A las victorias han sucedido las alegres fiestas. Venecia muere, pero aquel ocaso es tan espléndido como sus puestas de sol. Las salas del palacio ducal, que cubrieron de obras maestras Ticiano, Veronese, Tintoretto, Pordenone, Palma, Bellini, Bonifacio y otros veinte ilustres pintores, sirven desde el siglo XVII de simples salas de baile, donde no se ventilan ya asuntos de guerra y de política, sino de galanteos y placeres.

El carnaval dura seis meses; cada día se celebran festejos populares. Ora es un banquete de ceremonia, donde las venecianas cubiertas con el antifaz lucen sus faldas de seda amarilla ó perla, sus provocativos sombreritos de tres picos, su pié brevísimo y sus nevados cuellos de cisne, en tanto que los hombres revestidos con lujosos dominós de raso carmesi ó violeta recuerdan los antiguos venerandos senadores; ora una cabalgata de elegantes jóvenes caprichosamente disfrazados; ora una regata de góndolas, acompañada de serenatas y fuegos de artificios. Venecia se ha convertido en una capital pagana; no se piensa más que en diversiones y espectáculos, refinados y bellos, sin ninguna preocupación religiosa ni moral, sin pensar en mañana, sin freno ni límite.

Durante el carnaval todos los ciudadanos llevan máscara, hasta los curas, los frailes, los niños y los criados. A cada momento pasa una comparsa de disfraces: arlequines, médicos, gondoleros, soldados, seres mitológicos, seguidos de músicas y danzas. Reina la más absoluta licencia, siendo libre todo el mundo de apostrofar á las máscaras y las máscaras de apostrofar á todo el mundo. Además de siete teatros abiertos hay las funciones que dan los arlequines en calles y plazas, al aire libre. «No hay ciudad en que reine más soberanamente el desenfreno,» escribía el presidente Des Brosses que la visitó el siglo pasado. En dicha época había allí doble número de damas galantes que en París, «Las monjas, se lee en el mismo autor, son encantadoras con sus cabellos rizados y ensortijados, con la puntita de tul blanco que adelanta sobre su frente, con sus hábitos de estamena blanca y con las flores que llevan en el pecho descubiertos.» Durante el carnaval salen de los claustros, se mezclan con los demás, dan bromas y andan en aventuras.

En medio de tanta disipación, Venecia está convertida en un pueblo de mendigos. Los nobles viven de lo que les fia el cafetero; la familia se disuelve y reinan los usos de los bazares de Oriente. Sólo se libra del naufragio una cualidad: el buen gusto.

Hoy la perla del Adriático no celebra ya aquellos carnavales sin freno ni medida; pero no por eso deja de ser Venecia la más graciosa, poética y encantadora ciudad del mundo, ni de ser las venecianas las dignas descendientes de aquellas hermosas rubias de admirable blancura, immortalizadas por Ticiano, Tintoretto y... Shakespeare.

DESPUES DEL BAILE.

¡Descansa niña, que bien se echa de ver la inquietud de tu sueño! Cual si te estorbase el leve roce de la Holanda, la apartas de ti, mientras estrechas en tu mano perfumada rosa. La tenue claridad de la nocturna lámpara alumbrá los virginales contornos de tu cuerpo y dando de lleno en tu rostro deja contemplar la opulenta cabellera esparcida, en tanto te acarician con sus aromas y efluvios, las flores que guardas en tu nido. ¡Cuánta vida en ese reposo! No son tus facciones las de aletargada criatura, sino que cual si fueren de transparente alabastro dejan adivinar la llama abrasadora que arde en tu corazón y levanta tu seno en cadenciosas ondulaciones. Rendido tu cuerpo á la fatiga del baile, mantienes vivo en tu recuerdo el eco de las palabras que resonaron en tu oído, llegándote hasta el alma. Descansa, hermosa niña! ¡Bien se conoce que el amor ha penetrado en tu pecho esta noche! ¡Ya nunca más será tranquilo tu sueño! ¡Ya los angeles que lo velaban huirán de tí tristes y pesarosos y ocuparán su puesto los agitados genios del amor!

EN EL ESTUDIO DEL PINTOR.

Los dos mocitos que el pintor ha tomado por modelos para uno de sus cuadros, se aprovechan de la ausencia del señor para divertirse á sus anchas, remediando los hechos y posturas del artista. El chico se ha calado las antiparras, ha tomado el periódico y leyéndolo de traves, para mayor claridad, y haciendo cómicos visajes, excita la risa de su hermana, que admira su travesura. ¡Buenos picaros están los dos! Cansada ella de estar todo el día con la rueda en la mano, sin hilar, para que la pinten, y aburrido él de mantenerse serio y triste para que le hagan figurar como un pobre huérfano, toman la revancha de su inmovilidad parodiando al maestro y entregándose la muchacha al muelle abandono en que se la contempla. No les durará mucho, sin embargo, tan dulce reposo, pues no ha de tardar en entrar de nuevo el pintor y entonces volverá la niña á tomar la rueda y el muchacho á poner aquella afigida cara de huérfano desvalido y sin amparo, cuyo grupo ha de valer al artista cuando menos la medalla de oro en la próxima exposición.

¡SE HA EQUIVOCADO USTED!...

Reconozcamos, sin embargo, que la equivocación no ha sido mala. La víctima del engaño estaría muy lejos de pensar que bajo la máscara en que creía encontrar las facciones de una íntima conocida se ocultara el gracioso

semblante que tan inopinadamente se le aparece, risueño y burlon. Es de presumir que el inexperto Edipo mascaril al ver el lindo rostro de la desconocida, dirá para sus adentros: «¡Pues es mejor que la otra!» y quien sabe si la mascarita nueva no le jugará alguna mala pasada á la que el galán creía haber descubierto. De todos modos el engaño no tiene nada de lamentable.

RUBENS PINTANDO Á LA REINA MARÍA DE MÉDICIS, DISFRAZADA DE DIOSA DE LA GUERRA.

Extinguida la raza de los Valois con el asesinato de Enrique III, encendiéndose terrible guerra entre el partido de la Liga y el del rey de Navarra, triunfando por último el bueno y popular Enrique IV. Legendaria es la galantería del capitán Heuriot y no menos la liviandad de su esposa la reina Margarita; Enrique de Borbon, sin embargo, más contrariado por no tener sucesión que por la vida de desórdenes que llevaba su mujer, la propuso y obtuvo de ella el divorcio, enlazándose con María de Médicis, hija del gran duque de Toscana.

Muerto el rey, quedó María gobernando el estado en calidad de regente, durante la menor edad de su hijo Luis XIII. Los nobles se aprovecharon de la situación para dar rienda suelta á sus vergonzosos apetitos de dinero, sembrando disturbios y promoviendo algaradas para que la reina entrase en negociaciones con ellos y les comprase lo más caro posible. ¡Digna corte! María, rodeada de favoritos y detestada por su hijo como lo había sido por su esposo, no daba mejor ejemplo que aquellos corrompidos cortesanos que sólo sacaban la espada para que les dieran oro, arrancado al hambriento y esquilado pueblo. Proclamado Luis XIII mayor de edad cuando sólo tenía diez y seis años, dispuso como primera providencia que fuese asesinado Concini, el privado de la reina, y mandó desterrada á ésta al castillo de Blois. Reconciliados más tarde madre é hijo, volvió la Médicis á París, habitando el palacio de Luxemburgo.

Dotada de la afición á las bellas artes, ingénita en su raza, quiso hacer decorar espléndidamente las galerías del magnífico edificio en que moraba, y habiendo aceptado Rubens el encargo se trasladó á París en 1621, cuando contaba 44 años y estaba en el apogeo de su gloria. En dos años pintó la colección de 21 cuadros, hoy existente en el Louvre, conocida con el nombre de *Historia de María de Médicis*, perteneciendo á ella el retrato que representa nuestro grabado.

El pintor figura á la reina en traje de Belona, siendo dicho cuadro uno de los mejores que haya producido el incomparable pincel del dios de los coloristas. María de Médicis era falsa, altanera, terca y caprichosa, pero el pintor ha sabido prestarla rasgos de nobleza y hermosura que imponen y seducen, siendo aquel lienzo uno de los notables entre las dos ó tres mil obras que brotaron de su mágica paleta.

En cuanto á María, perseguida por Richelieu, á quien había encumbrado, huyó más tarde á Bruselas, muriendo lejos del pueblo que siempre la había aborrecido.

LOS MOSQUITOS LÍRICOS

Después de formada su opinión en lo que atañe á la existencia, al amor, á la religión, á la muerte, etc., etc., nuestro mosquito adopta la manera que le parece más interesante para zumbarla al oído del público. Unas veces se presenta con un excecpticismo risueño y paradójico que parece decir á los lectores: «Yo no creo en nada, ni en Dios, ni en los hombres, ni en la madre que me parió, pero me gusta aprovecharme de las cosas buenas que en el mundo nos encontramos, como el amor, los buenos vinos, los paisajes bonitos, etc., etc., y vamos viviendo.» Su maestro es Campoamor, á quien imita no tan sólo en el pensamiento sino en la frase, expresando las ideas elevadas y abstrusas en forma llana y corriente, y así como el ilustre poeta, también él descende á los pormenores vulgares de la existencia y se complace en describir lo pequeño é insignificante.

«Yo no voy á la escuela
Aunque me pegue mi señora abuela.»

¡Qué sobriedad tan encantadora! ¡Qué amable sencillez se advierte en estas y en otras frases que se encuentran esparcidas por una muchedumbre de poemas no bastante apreciados del público!

Otras veces prefiere envolver sus vastas concepciones poéticas y metafísicas, en un misterioso simbolismo atestado de laberintos. Su modelo entonces es el *Fausto* de Goethe, ó el *Manfredo* de Byron. Pasa unos cuantos años escribiendo un grandioso poema, del cual lee solamente de vez en cuando, en academias y ateneos, algunos fragmentos que dejan en suspensión y espanto el ánimo de algunos amigos. En este poema todos los seres animados ó inanimados del universo expresan su opinión acerca del misterio de la existencia; y de la suma de estas ideas se propone el autor que resulte la clave de todo. Las diversas opiniones se expresan en el poema del mosquito filósofo por medio de voces que van sucesivamente gritando por las pá-

ginas del libro. Cuanto existe y cuanto ha existido tiene voz y voto en el poema: la voz de la esclavitud, la voz de la libertad, la voz de las ciudades, la voz de la campaña, la voz de la iglesia, la voz de la administracion, la voz de los colegios electorales, la voz de los tribunales colegiados, la voz de los edificios del Estado, etc., etc. Pero las cosas mejores las dice siempre una voz anónima, que debe ser la del autor. De todo ello resulta que la vida es un lazo insidioso que nos ha tendido una voluntad perversa, y que para vencer á esta voluntad, no hay otro medio que el suicidio, el suicidio de a humanidad entera.

Á pesar de estas lúgubres y espantosas conclusiones, y del pesimismo que mina su preciosa existencia, el mosquito filósofo gusta extremadamente de que *El Imparcial* y *El Globo*, digan en su hoja literaria, que zumba correccion y elegancia.

Viene despues la familia de los *legendarios* que estaba á punto de desaparecer de la fauna, y que merced á ciertos trabajos misteriosos de la naturaleza poderosamente secundada por la seccion de literatura del Ateneo de Madrid, ha vuelto á cobrar vida en estos últimos años.

Los legendarios aborrecen la edad moderna y desprecian la antigua. La única época histórica que les seduce es la comprendida entre la irrupcion de los bárbaros y el Renacimiento. Dentro de esta época la institucion que despierta en su juvenil fantasia, mayor copia de romances octosílabos y endecasílabos es el feudalismo. El mosquito *legendario* no comprende cómo se puede vivir sin almenas, sin alfanjes, puentes levadizos, cascos y cimitarras. El amor no tiene atractivo para él, sino cuando la dama aguarda toda la noche á su galan en una ventana del castillo sin miedo á catarros y á reumatismos, y el galan despacha al otro barrio media docena de deudos para llegar hasta ella. Los combates, las emboscadas, los asaltos, los pisos que se hunden para sumirle á uno en profunda mazmorra, los fosos, los despeñaderos, etc., etc., son las únicas cosas que entusiasman á nuestro mosquito. En su concepto no se puede vivir á gusto, sino con el alma en un hilo. Sus poemas, por consiguiente, están saturados de aquellos elementos que admiten muchas y variadas combinaciones, segun puede verse en las infinitas leyendas que los lectores habrán sin duda oido recitar en su vida.

(Se continuará).

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

SOBRE LA TEORÍA MODERNA DEL CALOR

GRANDES UNIDADES DEL MUNDO MATERIAL

Pero no porque hayamos condensado, por decirlo así, las leyes de infinitos hechos naturales en una ley suprema, — la del movimiento, — creamos que esta ley es la ciencia toda y que todo lo explica. Siempre quedan ante la Física como gigantescas esfinges, cuyos labios de piedra guardan eterno silencio, las grandes ideas metafísicas, de las que la ciencia del mundo material parte como de otros tantos postulados. Aunque llegue el día en que, por las leyes de la materia en movimiento se explique el mundo físico, este triunfo, con ser muy grande relativamente, aun se estrellará contra los inmensos problemas de la Filosofía.

Podrá la Física explicarlo todo con los átomos y el movimiento, pero no explicará ni el movimiento, ni los átomos: ni de dónde viene, ni cómo es eterno ese oleaje infinito de la materia.

Admiremos, pues, los grandes progresos de la ciencia; respetemos esta aspiracion del espíritu moderno á buscar grandes unidades que condensen y expliquen la variedad, aspiracion legítima y filosófica; pero cuidemos de encerrar á cada ciencia dentro de sus naturales límites.

VI. Volvamos á nuestro objeto.

¿Cómo puede ser el calórico una forma y un efecto del movimiento vibratorio y atómico?

¿Qué hechos explican y dan fuerza á esta hipótesis, á primera vista extraña y caprichosa?

Sería necesario que citásemos libros enteros; las obras de Mayer, de Joule, de Thomson, de Clausius, de Zeuner, de Helmholtz, de Rankine, de Reech, de Grove, de Laboulaye, de Fabre, de Hirn, y sobre todo las doce admirables lecciones explicadas por el profesor Tyndall en el Instituto real de la Gran Bretaña.

Estudiemos algunos de los hechos más culminantes.

La mayor parte de ellos pueden condensarse en esta proposicion, base de la nueva teoría:

Toda accion mecánica, todo trabajo, toda fuerza, puede dar ocasion á un desarrollo de calor.

O mejor dicho:

Toda accion mecánica que al parecer se pierde y se anula, ni se anula, ni se pierde; en realidad se transforma, integra y completa, en calórico.

El rozamiento, el choque, la presión, se hallan en este caso.

A veces, es cierto, las cantidades de calórico son pequeñas, muy pequeñas: nuestros sentidos no las aprecian, aun al termómetro pasan desapercibidas, ó por su pequeñez ó por las circunstancias especiales de la experimentacion; pero no es difícil hacer constar su existencia, y hasta medirlas numéricamente, por medio de aparatos de exquisita sensibilidad, como las pilas termoeléctricas y los galvanómetros.

Rozamiento. — La friccion de un cuerpo contra otro, por ligera que sea, da origen á un desarrollo de calor: calor que á veces es tan considerable, que brota la llama y se inflaman los cuerpos sometidos á la experiencia.

Mil hechos harto conocidos pudiéramos citar en apoyo de esta verdad.

Frotando una mano contra la otra se eleva la temperatura, ó como vulgarmente se dice, se calientan las manos.

Los instrumentos y útiles de cantería, carpintería, cerrajería, etc., se caldean con el trabajo.

Los ejes de las ruedas arden si no se disminuye el rozamiento por medio de grasas.

Los salvajes encienden lumbre frotando dos pedazos de madera seca uno contra otro.

(Se continuará).

JOSÉ ECHEGARAY.

ROCÍO

(HISTORIA SENCILLA)

Me quisiste, me olvidaste,
y me volviste á querer.

(CANTAR POPULAR.)

I

Empezaban ya los árboles de las alamedas á cubrirse de hojas, los prados á verdear, las mariposas á libar las blancas y tenues flores de los almendros, primera sonrisa de la primavera, y los arroyos á murmurar con más melodía sus continuas y gratas endechas. Sentíase por los jardines el aire embalsamado y purísimo de las violetas y de los nardos, y oíase junto á las acacias el monótono zumbido de las abejas que venían buscando la virginidad de las flores, para convertir sus jugos en miel sabrosa. Las auras se columpiaban en los tallos de las anémonas de variados colores; el sol sonreía en las praderas, y las mensajeras del buen tiempo, las simpáticas golondrinas, perseguían los insectos que habían salido de sus negras crisálidas, al rayo vivificador del rey de los astros. Hacía un día delicioso: la naturaleza se había vestido con sus mejores galas, y parecía una muchacha linda y coqueta que espera á su amante, asomada al balcón entre macetas de flores. En días como éste, los poetas podrían encontrar en la lira de su alma melodías divinas, acentos mágicos que revelasen su celeste origen; la fórmula quizás de los sentimientos vagos y misteriosos, de las aspiraciones inexplicables que procuran en vano hacer comprender á los demás hombres; pero en estos días, los poetas gustan más de recorrer los campos que de pintarlos, de sentir que de cantar, y la imaginacion no sufre nunca la tiranía. Caprichosa como una mujer, se obstina en no hacer lo que desea cuando se la impone como un deber. El poeta, en estos días, no puede escribir.

Fernando de Mendoza tocaba esta dificultad prácticamente en el día á que nos referimos. Sentado en su gabinete, delante de su mesa, con la pluma en la mano y el papel dispuesto para escribir, no acertaba siquiera á comenzar un periodo; sus recuerdos felices, los ensueños dorados de la aurora de su vida, sus mágicas esperanzas, venían á turbarle, como las vaporosas imágenes de sus tentaciones á los padres del yermo, en medio de su oracion.

Entre todos estos recuerdos se destacaba el de Rocío, una niña hermosa como un ángel, tierna y enamorada como la amante que nos fingimos en nuestro primer sueño de amor, y cuya memoria divina anubla tantas veces nuestros placeres posteriores. Esta niña, que Mendoza había encontrado en su camino como una flor pudorosa escondida entre sus hojas, sólo para él había abierto su cáliz virginal embriagándole durante un día con sus exquisitos aromas; pero él la olvidó pronto por un nuevo amor, la holló con su planta indiferente, y sólo hoy, que para él estaba perdida sin remedio, sólo hoy la recordaba con melancólico placer.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

(Se continuará).

LOS HÉROES DEL VULGACHO

Mantener un perro con esperanzas ó con los mendrugos que encuentre en la cama de galgos, ó ser este perro aun bien mantenido,

Delgado como la *espina de SANTA LUCÍA*, es ciertamente tan poco notable, que aun tratándose del can más querido de la duquesa más en moda, nada diría de ello la prensa moderna, ni aun en las revistas de salones, dedicadas á dar cuenta de todas las insulseces y nimiedades posibles. Pues sin embargo, y sobre todo despues de rimarlo Serra, ¿qué español no conoce:

El perro del *tío ALEGRÍA*, que para ladrar tenía que arrimarse á la pared?

De cuya necesidad participaba:

El perro del *tío MATEO* que le daban la mano para subir al baleo.

Gandulería que tambien alcanzaba, aun cuando seguramente por distintos motivos:

La galga de *LÚCAS*, que se paraba á m... al ver la liebre; y pues no es creible que hiciera escuela aquel por quien se dijo:

Los caballos del *marqués*, muertos al quinto día de no probar bocado, ó segun afirmó su propietario, «cuando ya iban acostumbrándose á no comer.» Costumbre que quizas hizo decir:

El *potro de Yecla*, cuando ha de medrar desmedra;

y aun quizas tambien, aunque en el fondo nada tiene de particular:

El *potro de Cornacilla*, cada feria ménos valía.

Y digo, nada tiene de particular, porque tambien:

El asnillo de *SAN SARDORNIN*, cada año era más ruín,

y
El *asnillo de la panadera*, cuanto más andaba más ruín era;

y esto, no porque siempre se pueda aplicar lo de:

El *asno de Arcadia*, lleno de oro y come paja; si bien hubo, hay y habrá constantemente bestias como:

La *yegua de Valdeporres*, con tres bestias van dos hombres.

En cambio, y perdóneseme la transaccion, no hubo asno, yegua, mulo, y buey, de quien no se pueda decir como de:

El *caballo de TOMÁS*, cuanto corre deja atras.

Volviendo á los irracionales que dieron notoriedad á determinadas personas que debieron á los irracionales su notoriedad:

Aquí está *MARTA* con sus pollos;

y aquí un adagio, que es todo un libro y sobre el que podría escribirse más que sobre el burro escribió el doctísimo obispo español á quien las letras deben *La apolo-gía del asno*. Erudicion aparte, entiendo yo que sólo por burla, habiendo en cuenta quien fué Marta, pudo decirse:

Los pollos de *MARTA*, piden pan y dánles agua;

adagio parecido á:

Los pollos de *doña MARTA*, piden trigo y dánles cecina.

Por lo demas, ahí está tambien:

La gata de *JUAN RAMOS* que por ser él, Juan, y ella, gata, no debe confundirse con:

El gato de *MÁRCOS RAMOS*, halaga con la cola y araña con las manos.

De uno de estos Ramos, quizas el mismo, probablemente sería cónyuge, la por todo extremo famosa de quien se contó, de un lado:

El *gato de MARI-RAMOS*, cómese la asadura y va á mayar por los tejados; y de otro:

La *gata de MARI-RAMOS*, cerraba los ojos por no ver los ratones; gata de condicion muy distinta de la que distinguiera á:

Los *perros de ZURITA*, no teniendo á quien morder, unos á otros se mordian.

Y basta. Conste, sin embargo, que estos adagios y muchos más recogidos en nuestros refraneros, muestran bien cómo no fué necesario que hubiese *turf, jockey* y *pur sang*, para que una bestia immortalizara á su poseedor, y aun á la localidad en que pació la primer yerba.

Y cuenta, que sobre todos estos animales, tienen prioridad, la *burra de BALAN*; el *caballo blanco de SANTIAGO*, el *águila* y el *toro* de los evangelistas; *Bucéfalo*, *Babieca* y *Rocinante*, y el *conejo* y el *leon*, simbolos ambos de nuestra querida España.

V. Sucedió, sin embargo, que no pocos de los *héroes del vulgacho*, calzaron el coturno de la inmortalidad, por sus perfecciones ó por sus defectos personales, por sus costumbres más ó ménos plausibles, por sus vicios ó por sus virtudes; por algo, en suma, dependiente de su voluntad ó que debieron á la naturaleza.

Vencedor de Quasimodo pudo ser en aquella eleccion de papa de locos, aquel de quien se dijo:

Más feo que *Picio*;

cuyo *Picio*, debió ser por todo extremo horroroso, puesto que de él se cuenta que siendo niño, «su madre le daba las sopas por las asentaderas, por no verle la cara,» y á quien confunden muchos diciendo:

Más feo que *CACO*;

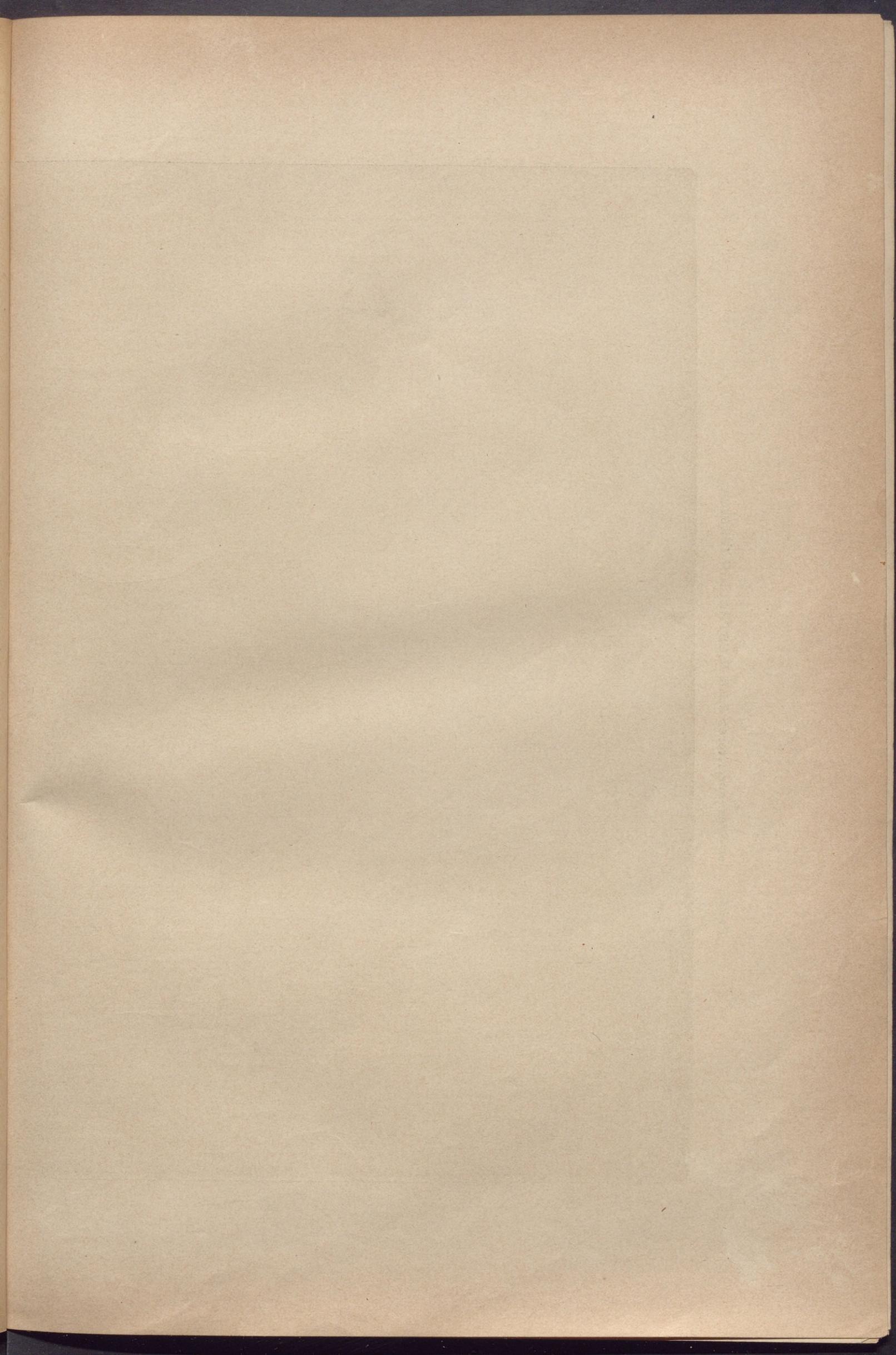
quien era, no sé si deforme ó de estupenda cara, pero si un grandísimo ladrón. Lo que yo ignoro es, si este *Picio* el feo, será aquel gran comilon que la gente indocta confundió no sé por qué con *HELIOGÁBALO*, emperador por todo extremo indigno, pero á quien no hizo ciertamente célebre la gula.

MIGUEL MORAYTA.

(Se continuará).

ADMINISTRACION. Establecimiento editorial de D. Ramon Molinas,
Córtes, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.



Regalo á los Sres. suscritores á LA ILUSTRACION IBERICA



RUBENS PINTANDO Á LA REINA MARÍA DE MÉDICIS, DISFRAZADA DE DIOSA DE LA GUERRA

